

lugar de un comunismo sin autoridad, comenzó la dictadura despiadada de una élite: el reino de los científicos absolutos.

En los capítulos que siguen voy a relatar algunos interesantes o extraños acontecimientos que me fueron revelados en el curso de mis viajes y que caracterizan sobradamente este período brutal y autoritario dentro de la gran historia del mundo.

XIX. El perro disociado

Entre las monstruosas aventuras que marcaron los inicios de la tiranía científica hay que señalar particularmente la extraordinaria historia de la Sociedad de Explotación Comercial del Planeta Marte.

En aquel momento la Tierra se encontró al borde de su perdición a causa de un incidente mínimo que, sin la intervención de una serie de circunstancias inverosímiles, hubiera ocasionado su completa disociación.

Es sabido que desde hacía muchos años los científicos estaban preocupados de establecer comunicación con el planeta Marte. Cuando el emplazamiento más favorable para los ensayos de comunicación interplanetaria fue finalmente determinado, se fijó en ese lugar un inmenso campo de experimentación.

Los resultados obtenidos eran conservados en riguroso secreto. En efecto, se trataba de una sociedad financiera con un capital de miles de millones la que había resuelto establecer las comunicaciones necesarias, y, como es lógico, esta sociedad se reservaba el beneficio exclusivo de los secretos que se pudieran llegar a develar.

Durante mucho tiempo los resultados fueron negativos. Se dibujaron en el suelo inmensos triángulos o círculos luminosos, e incluso se decidió un día desembolsar una

cantidad disparatada para reconstruir luminosamente, sobre una base de 400 kilómetros, el cuadrado de la hipotenusa. Ninguna respuesta concluyente llegaba de Marte.

Luego se intentó reproducir en el suelo, pero con luz negra, el diagrama de una impresión fonográfica. Esta vez el resultado fue inmediato: el telegrafista, temblando de emoción y estupor, registró un radiotelegrama proveniente sin duda alguna del planeta Marte y redactado en francés: «Sí, eso es mucho más inteligente».

En un principio se tuvo por una broma de los enemigos de la Sociedad Comercial; poco después hubo que rendirse ante la evidencia. Las transmisiones se volvieron más activas y los marcianos dispusieron instrucciones precisas para entrar en comunicación con ellos de la mejor forma por medio de fluidos capaces de atravesar el espacio.

Fue así como se supo, con estupefacción, que los marcianos sabían todo lo relativo a nuestro planeta desde la invención misma de la telegrafía sin hilos, y que estaban instruidos hasta en los más mínimos detalles sobre nuestra vida. No hace falta decir que estas comunicaciones se mantuvieron en secreto y que la Sociedad guardó celosamente la información que por este medio pudo obtener de los marcianos.

Las relaciones crecieron cada día más y más; importantes interrogantes fueron formuladas a nuestros vecinos sobre la forma en que se podía obtener energía a bajo costo mediante la disociación de la materia.

Hacía mucho tiempo, desde los trabajos proféticos del doctor Gustave Le Bon, el descubrimiento del radio y las investigaciones de Sir Ernest Rutherford sobre el modo de separar el núcleo atómico, que esta cuestión preocupaba profundamente a todos los científicos del mundo. Ya se había descubierto que la materia, antes considerada como algo inerte que solo podía restituir la energía que

se le había proporcionado previamente, constituía, una reserva colosal de energía. De esta forma, de acuerdo al doctor Le Bon, si se llegaba a disociar en un segundo, por ejemplo, una pequeña pieza de cobre de un centavo equivalente a un gramo, se podrían obtener 510 mil millones de kilográmetros, es decir, aproximadamente 6.800 millones caballos de fuerza.

Esta cantidad de energía, distribuida adecuadamente, hubiera sido capaz de activar, a 36 kilómetros por hora, un tren de carga de 500 toneladas a lo largo de poco más de cuatro veces y cuarto la circunferencia de la Tierra. Para que este mismo tren efectuara este trayecto con ayuda del carbón, hubiera sido necesario invertir 2.830.000 kilogramos de carbón, es decir, cerca de 200.000 francos, en lugar de un centavo.

Desgraciadamente, sin embargo, transmutar un gramo de materia hubiera costado una energía superior a diez mil millones de kilográmetros y esta transmutación por los medios ordinarios no solo no hubiera sido económica, sino que habría resultado verdaderamente ruinoso. Se hubo de admitir, por lo tanto, que la cuestión de la disociación práctica de la materia, además de un interés científico, presentaba para los financistas un serio interés económico.

La respuesta de los marcianos fue satisfactoria pero incompleta: «No es el momento de dar explicaciones: enviamos de inmediato un efluvio disociativo que actuará sobre el cuerpo que se encuentre al lado de su aparato».

El cuerpo que se hallaba ahí resultó ser una simple chuleta de cordero en un plato que constituía el almuerzo del telegrafista, quien, pillado de improviso, la había dejado enfriarse a un lado. Unos cuantos segundos después, por las quemaduras y pequeños incendios que se produjeron alrededor, se advirtió que la chuleta comenzaba a disociarse

lentamente, y, tan pronto fue alertado, el Consejo de Administración se precipitó hasta el lugar.

Durante tres largas horas, los científicos estudiaron con verdadero terror los fenómenos que se produjeron.

Al principio, los síntomas de disociación parecían localizarse en la extremidad del hueso de la chuleta; enseguida se constató que la desagregación se propagaba lentamente por el resto del hueso e invadía la nuez que se encontraba al costado.

No había duda: el fenómeno de disociación no se manifestaba localmente, como en las observaciones realizadas anteriormente con el radio; por el contrario, parecía contar con una facultad de desagregación que se transmitía a toda velocidad y que dentro de muy poco alcanzaría todos los objetos a su alrededor, la casa, la comarca, el país, ¿quizás la Tierra?

¿Cómo contener semejante fenómeno? ¿Cómo detener su desarrollo? Los aparatos de telegrafía interplanetaria, destruidos desde el primer instante por el incendio, no permitieron solicitar las instrucciones urgentes para el caso.

Entretanto, los fenómenos comenzaban a cobrar una intensidad espeluznante. La disociación evidentemente avanzaba a golpes: tan pronto se producían simples quemaduras, tan pronto violentas detonaciones que sacudían los muros y hacían saltar a los asistentes. Dentro de unos minutos, quizás unos cuantos segundos, se presenciaría sin duda una destrucción total, una verdadera explosión del universo entero.

Fue entonces cuando ocurrió un acontecimiento de la más extrema simplicidad, que sin embargo bastó para cambiar la historia del mundo.

Repentinamente, mientras los científicos, consternados, enmudecían alrededor de la misteriosa mesa, el perro del

conserje de la Fábrica, que pasaba por ahí, dio un salto y de un solo golpe se apoderó de la chuleta para huir con ella hacia el campo. En el acto, todos se lanzaron a la persecución del animal, que parecía haber enloquecido: daba saltos en desorden, y sus fuerzas, centuplicadas, le permitían despistar hasta a los más hábiles aviadores entregados a su búsqueda. Al final, acechado por todas partes, loco de dolor, abrasado por la chuleta infernal que había engullido, se precipitó al río, y entonces, durante dos meses, se produjo una serie de fenómenos aterradores capaces de desconcertar a la imaginación humana.

El río se transformó en un verdadero volcán que despedía agua hirviente, que se desbordaba de improviso y desaparecía en la tierra, para luego retomar inesperadamente, durante algunas horas, su curso normal.

Ocurrieron, a lo largo de esos días, cosas disparatadas cuyo relato apenas nos atrevemos a registrar. Al parecer el espíritu del perro, dissociado también, tuvo alguna influencia sobre los escalofriantes fenómenos que se produjeron. Cierta vez se observó que el agua del río se cubría de un grueso pelaje y, a continuación, de unos embriones sin forma.

Un buen día en que el amo del perro, en compañía de otros curiosos, se aproximaba al río, se observó una cola enorme y peluda emerger de las olas, levantándose y agitando, mientras una lengua de agua desmesurada barría la orilla y venía a morir justo a los pies del amo espantado. Evidentemente, el instinto del perro se dissociaba a su vez, y entonces se experimentó un terror indecible.

Más tarde los fenómenos se apaciguaron; la disociación se detuvo –nadie supo exactamente por qué– y el mundo científico volvió a encontrar, aunque solo por unos meses, la tranquilidad de los tiempos pasados.